

plazaba sobre el continente al poder de las armas. La Inglaterra y el continente estaban en un estado continuo de represalias, una agitación general reinaba en el mundo y un hombre solo dirigia á su alvedrío la rueda de la fortuna, desde los picos helados del Tauro Europeo hasta las riberas ardientes del Mediterraneo. El poder de la Inglaterra, todo marítimo, dominaba al resto del globo y con sus mil y mas navíos volvia á la Europa bloqueo por bloqueo.



## CAPITULO II.

CONQUISTA DE LA FINLANDIA POR LOS RUSOS. — REVOLUCION DE ESPAÑA. — LOS FRANCESES EN MADRID. — NAPOLEON EN BAYONA. — LA FAMILIA REAL DE ESPAÑA EN BAYONA. — INSURRECCION DE MADRID. — ABDICACION DE CARLOS IV A FAVOR DE NAPOLEON. — JOSÉ REY DE ESPAÑA. — EL GRAN DUQUE DE BERG REY DE NAPOLES. — EL REY Y LA REYNA DE ESPAÑA EN COMPIEGNE. — LOS INFANTES EN VALENCEY. — INSURRECCION ESPAÑOLA. — EVACUACION DEL PORTUGAL POR LA FRANCIA.

(1808)

LA Inglaterra dirigia á la vez dos sistemas de invasion con sus escuadras; á últimos de diciembre se apoderó de las islas de Santo Tomas, San Juan, y Santa Cruz que pertenecia á su enemigo el rey de Dinamarca, y de la isla de Madera una de las mas hermosas posesiones de su aliado el rey de Portugal. La España y la Francia apretaban los lazos de su enemistad comun contra esta potencia; la una adoptaba las medidas que prescribia el decreto de Milan, del 17 de diciembre, y la otra por



un nuevo decreto concedía la tercera parte del producto neto de la venta de todo navío y de su cargamento, cuyo consignatario declararía que dicho navío procedía sea de Inglaterra, sea de las colonias inglesas ó que hubiese sido visitado por algun navío ingles. Entretanto, el ministro de la guerra mandó formar por una instruccion del 6 de enero de 1808, dos cuerpos de observacion en el departamento del Gironda, y el 21, el senado proclamó la reunion á la Francia del puerto de Flesinga, de las plazas de Wesel, de Cassel, de Kehl, y sus dependencias, con lo que el Rhin fue enteramente frances. Otro senado-consulta del dia siguiente llamó á diez mil conscriptos, aunque la Europa estuviese en paz, excepto la Inglaterra. El 27 del mismo mes, todos los vientos siendo favorables á la fortuna de Napoleon, recibió la noticia de la llegada de la familia de Braganza á Rio-Janeiro. Desde el 1° de enero, el Emperador habia llegado á Paris, de vuelta de su viage de Italia, despues de haber establecido en el puerto de Venecia un astillero militar de grandes construcciones marítimas y decretado la abertura de un canal que debia unir el Pó al Mediterráneo. Durante la primera mi-

tad del mes de febrero, los Ingleses fueron echados enteramente del reino de Napoles con la toma de Reggio y de Scilia, mientras que un cuerpo frances entraba en Roma, haciendo un paseo militar, y como medida de alta policia política contra las intrigas británicas que se creian inatacables, á la sombra de la cátedra de San-Pedro.

Derepente, se esparció la noticia que, despues de haber sido invadidas contra el derecho de gentes, Pamplona y Barcelona habian sido ocupadas militarmente, la primera el 17 y la segunda el 29 de enero. Este ejército destinado para el Portugal y para una expedicion contra Gibraltar, tomó de repente en España la actitud de un ejército de invasion. Esta potencia sorprendida, mientras confiaba en el tratado de Fontainebleau y en el convenio mas antiguo, cuyo resultado habia sido colocar á quince mil Castellanos mandados por el marques de la Romana, bajo las águilas de Napoleon, salió luego del estupor que la arrebató en medio de las turbaciones que agitaban á la capital. Se halló puesta en un momento entra la guerra que estalló otra vez en el palacio de sus reyes, y la que le quitó sus forta-



lezas. Figueras y San Sebastian tuvieron igual suerte que Pamplona y Barcelona. El gran duque de Berg, general en jefe, dirigia la empresa y una campaña estratégica se estaba haciendo en un pais amigo.

El Norte presentaba el mismo espectáculo sobre poco mas ó menos; el mismo dia en que los Franceses sorprendian á Pamplona, el emperador Alejandro notificaba al rey de Suecia que no podía mirarle como neutral con motivo de su alianza con la Inglaterra, y que por consiguiente *no le quedaba otros medios para cubrir sus Estados que los que la providencia la habia confiado*; el 22 de febrero un ejército ruso entró en Finlandia y marchó sobre Abó. Poco despues, el rey de Dinamarca declaró que adoptaba las resoluciones de la Rusia con respecto á la Suecia. La campaña de los Rusos fue rápida; el 6 de abril, se apoderaron de Abó y de Wasa, el 24, de la isla de Gotland, y el 3 de mayo, de la famosa plaza de Sweaborg, que es el Gibraltar de Suecia; en fin, el 6 de mayo, un ukase reunió la Finlandia al imperio colosal de Rusia. La Dinamarca estaba muy agena de prever que la ocupacion de la Finlandia por los Rusos le costaria al-

gun dia la Noruega dada á la Suecia con la aprobacion de la Rusia. El derecho de las naciones y el derecho público europeo quedaron sacrificados á la razon continental de estado, que habia venido á ser únicamente una guerra de exterminio contra la Inglaterra y sus aliados.

Pero, enmedio de las vastas combinaciones políticas que desde el Norte al Mediodia ocupaban sus pensamientos, Napoleon no se olvidaba de la prosperidad interior de la Francia, ni tampoco del dominio de las ciencias y de las artes que habia de sobrevivir entero á su poder. El 1º de enero, empezó á ejecutarse el código de comercio; el 16, un decreto organizó definitivamente el banco de Francia. Las cuatro clases del Instituto presentaron sucesivamente al Emperador enmedio de su consejo, sus informes sobre el estado de las ciencias físicas y matemáticas, de la historia y de la literatura antigua, de la lengua y de la literatura francesa, y en fin de las bellas artes desde 1789. Los progresos, cuyo cuadro le presentaron con mucha habilidad Delambre, Cuvier, Dacier, Chenier y Lebreton, no eran conquistas menos brillantes que las que



se obtuvieron por las armas de la revolucion; son mas duraderas y constituyen para siempre la verdadera nobleza de la nacion. Pero, ademas de esta aristocracia del ingenio, Napoleon quiso reconocer tambien la de los títulos hereditarios; restableció los títulos de príncipe, duque, conde, baron y caballero, lo que tuvo por consecuencia forzosa el restablecimiento de los mayorazgos, y el régimen de las substituciones alteró el derecho frances. Esta excepcion introducida en medio de la Francia despopularizó á su autor y la reprobacion pública agrió el goce de los titulares; los Franceses, y sobre toda la capital, se vengaron de estos nuevos señores. Los antiguos nobles no ganaron en esta promocion nobiliaria la conservacion de sus títulos; tuvieron que presentar, como todos, las pruebas de su fortuna y de sus funciones. Este sistema de igualdad en una fundacion enteramente aristocrática era singular; manifestaba el imperio de la revolucion hasta en la restauracion de lo que habia sido proscripto por ella, y se vió á los gefes de las mas ilustres familias de Francia acudir á este concurso singular de una nobleza decretada, y aceptar títulos inferiores á los que habian te-

nido y á los que recibieron los hombres mas fogosos de la República. Fouché fue nombrado duque, y el gefe de la casa de Montmorency, *primer baron cristiano*, fue titulado conde. Pocos dias despues, se verificó la fundacion de la universidad imperial y de las academias en todas las ciudades donde residia un tribunal de apelacion; M. de Fontanes, presidente del cuerpo legislativo, fue nombrado gran-maestre de la universidad.

A principios del año de 1808, la España era toda francesa ó por mejor decir napoleoniana; el viage del Emperador á Madrid se miraba como una cosa que no podia faltar, y era tanta la impaciencia de los pueblos de ese reino, que llamaba al grande ejército de reserva del Girona, *ejército libertador*. Como habia algunos cuerpos de la guardia imperial, la llegada de Napoleon pareció próxima. Este ejército entró por las dos puertas de Perpiñan y de Bayona; por este último lado, el ejército pasó debajo de unos arcos triunfales levantados en todos los pueblos grandes y pequeños por donde se suponía que habia de pasar Napoleon. El entusiasmo habia atraído, al lado de la carrera por donde transitaban las tropas



imperiales, un gentio inmenso que, desde las provincias circunvecinas, venian á saludar al héroe de cuya proteccion aguardaban la felicidad de la España. Estos sentimientos estaban tan arraigados, que la sorpresa de las fortalezas de Pamp'ona, San Sebastian, Figueras y Montjoux en Barcelona, no pudieron alterar la confianza; los Españoles admitieron sin dificultad las explicaciones dadas por los generales franceses, sobre la necesidad en que se habian visto de asegurar la espalda del ejército. Por otra parte, corria muy valida la voz de una expedicion á Africa y del sitio de Gibraltar; lo que, atendida la enemistad de los Españoles contra la Inglaterra, contribuia á exaltar el espíritu de la muchedumbre á favor de los Franceses.

Pero la escena era muy diferente en el palacio; el príncipe de la Paz, es á decir la familia real y el gobierno, habian perdido toda esperanza. La vuelta de Izquierdo produjo esta terrible mudanza, con la noticia que trajo que ya no existia el tratado de Fontainebleau, y que el Emperador exigia la reunion al imperio de las provincias de la orilla izquierda del Ebro, ocupadas ya por el ejér-

cito frances, y que esta cesion seria compensada por la del Portugal; esta noticia cundió insensiblemente en la alta sociedad de Madrid, y se acreditó con la actitud del embajador Beauharnais cuyos sentimientos de animadversion hácia Godoy estaban todavia mas declarados desde los acontecimientos del Escorial. Godoy que se veia bajar de repente de la altura en que le sostenia el crédito supuesto que creia disfrutar cerca del Emperador, y que, por otra parte, no podia menos de conocer que el ódio de los grandes del Estado y de la poblacion de la capital se habia aumentado mucho, llegó á desanimarse y á espantarse. Lo que mas le aterraba era el triunfo de Fernando; enmedio de su desesperacion, dió asenso á los consejos de Izquierdo, que, si se ha de dar fé á lo que se dijo entonces, habia recibido en Paris ciertas insinuaciones expresivas, y se resolvió á seguir el ejemplo de la corte de Lisboa, y á refugiarse con la familia real de España al imperio fundado por Cortés en América. Bastó que la reina consintiese para que el rey no opusiese dificultades, y el miedo de tener que humillarse delante de Fernando decidió la salida. El príncipe de la



Paz, en calidad de generalísimo, expidió secretamente la orden de retroceder y de situarse en escalones sobre la carrera de Madrid á Cádiz, donde la familia real habia de embarcarse, á varios cuerpos que protegian con sus marchas sobre Portugal la invasion de los Franceses. La corte residia en Aranjuez; pero, sea por penetracion, ó por indiscrecion, ó por traicion, el proyecto de viage se divulgó en el sitio y en la capital. Luego se supo que, bajo el pretexto de maniobras militares, que desde mucho tiempo habian dejado de hacerse, varios cuerpos de tropas habian recibido la orden de venir á Aranjuez. Estas medidas precipitaron la caida de Godoy. El consejo supremo de Castilla intentó detener los movimientos de las tropas con la esperanza de que Fernando podria escaparse, y dirigió al rey una representacion énergica suplicándole que no abandonase á su capital; pero fue en vano, las tropas salieron de noche para Aranjuez. Entonces solamente, Godoy, advirtiendo la disposicion de los espíritus, discurrió que las mismas fuerzas que habia llamado á pesar de las representaciones del consejo supremo, podrian volverse contra él. El embajador Beauharnais, por

su lado, siempre dominado por su enemistad contra el príncipe de la Paz, no disimulaba su opinion de que la salida del rey seria desaprobada por el Emperador, hácia quien se dirigian, mas que nunca, todas las esperanzas de los Españoles. Entretanto, se publicó una proclama en la que el monarca aseguraba que no pensaba en separarse de sus vasallos; pero el pueblo contestó á su proclama con el grito de *muerte al indigno privado*. En vano Godoy se habia dado prisa en disponer los preparativos del viage; los amigos de Fernando mal inspirados, avisaron á sus confidentes de Madrid que se habia señalado la noche del 16 al 17 para ejecutarlo. Los ciegos enemigos del privado alborotaron á la capital y á la provincia de la Mancha, desde donde vino á Aranjuez una turba inmensa de labradores armados, y lo mismo sucedió desde Madrid. El embajador Beauharnais, que no solia ir al sitio sino cuando la etiqueta lo exigia, llegó inopinadamente, y su presencia en Aranjuez contribuyó mucho á precipitar el momento de la explosion. En las crisis de los gobiernos absolutos, las tropas abrazan siempre el partido popular, y, como desde mucho tiempo estaban mal dispuestas para



con Godoy cuya dominacion les era insoponible como á los demas Españoles, se unieron al pueblo. Jamás error mas universal obscureció el juicio de toda una nacion y de las facciones que estaban agitándose encima de ella, y por lo mismo que este error fue grave y general, mas unánime habia de despertar la España; pues todo el mundo estaba engañado en Aranjuez, excepto Godoy, que, habiendo calculado con tino su propio peligro, se resolvió á huir con la familia real, con el objeto de ir á reinar todavía bajo el nombre de Carlos IV en sus posesiones de América. Por lo que toca á Fernando y á los Españoles, es muy cierto que este viage destruia naturalmente los obstáculos que se oponian al restablecimiento de la seguridad pública y á la existencia política del reino. Quizás puede pensarse que M. de Beauharnais, con su oposicion manifiesta á la resolucion del rey, comprometió y complicó de un modo inextricable los intereses de su soberano, sean cuales fuesen. Sin duda, Carlos IV podia tomar otro partido si su consejero hubiese tenido un carácter generoso, y si hubiese hecho caso de la dignidad de su nacion; este partido consistia en

ir á aguardar en la inexpugnable ciudad de Cadiz, enmedio de su ejército, el resultado de las circunstancias. Seguramente, es de creer que el pueblo español se hubiera defendido con tanto valor, mientras que su soberano hubiese ocupado la mas fuerte plaza de sus Estados, como lo hizo durante la permanencia del príncipe de Asturias en Valencey.

Se empezaba á acriminar á Godoy la entrada de los batallones franceses en España. El 16, el rey publicó otra proclama en la que, despues de haber dado gracias á sus súbditos por su *noble agitacion*, les decia que el ejército de su *querido aliado* el Emperador de los Franceses atravesaba sus Estados en calidad de amigo, y que la reunion de tropas cerca de su persona, no tenia por objeto defenderse ni tampoco acompañarle en un viage supuesto por la malignidad. Esta segunda proclama no hizo mas efecto que la primera sobre el pueblo, que estaba persuadido que Godoy habia llamado á su socorro á Murat que venia andando sobre Madrid, y resolvió sacrificar el privado á su venganza, aunque el rey hubiese de bajar de un trono que Godoy envilecia cada dia por la mas indigna usurpacion. El



nombre de Fernando se halló en todas las bocas; este príncipe se vió repentinamente á la cabeza de la nacion y se acordó del Escorial. El mismo dia, el rey y la reina, viendo la inutilidad de sus proclamas y que no podian contar con las tropas, resolvieron marcharse por la noche sin escolta; pero este nuevo proyecto fue descubierto desgraciadamente, y la reina, en una carta que escribió el 24 de marzo, al gran duque de Berg, acusó á su hijo de haber dado la señal para el ataque. « Mi hijo » Fernando, decia, estaba á la cabeza de » la conspiracion, habiendo ganado todas » las tropas; puso una luz en la ventana; esta » fue la señal de la explosion..... » Sea lo que fuere de esta circunstancia, no hay duda que, en vez de ponerse á la cabeza de la insurreccion y probablemente de haberla provocado, hubiera sido mas político de parte de Fernando favorecer con todos los medios la salida de su padre y de su madre, cargando á Godoy toda la odiosidad del viage, y de escaparse para reinar sobre la España que hubiera puesto en él todas sus esperanzas. Su derecho quedaba decidido por la vacancia del trono, pero fue tan mal aconsejado como sus enemigos

El 17, á las cuatro de la mañana, una turba de gente armada rodeó el palacio de Godoy, cuya guardia se contentó con formarse en batalla delante de la puerta. Poco despues los soldados de guardias españolas, despues de haber maltratado á su hermano que era su coronel, se mezclaron con el pueblo que derribó las puertas del palacio y entró saqueando los aposentos; Godoy apenas tuvo tiempo para salvarse á un desban, donde estuvo treinta y seis horas sin tomar ningun alimento. Enfin, el rey, apurado por todas partes, quiso conjurar la tempestad proclamando que *exoneraba al príncipe de la Paz de todos sus empleos, y que queria mandar por sí sus tropas de tierra y de mar;* y escribió al emperador Napoleon para notificarselo. A pesar de estas demostraciones, el pueblo siguió en su triúnfo con mas vigor, y Fernando aceptó de él la soberanía sediciosa que le conferia. El dia siguiente, Godoy agoviado por el hambre y por una sed horrosa procuró salir para beber; topó con un soldado que le descubrió. En este intervalo, el rey habia abdicado á favor de un hijo rebelde, bajo la condicion verbal de que Godoy seria puesto en salvo. Fernando no se olvidó de la